

buena voluntad no se le concedía, e hizo apuntar sus cañones sobre la residencia del Santo Padre; pero éste se quedó impávido ante tales demostraciones; y esta vez, a pesar de su obstinación, fué el rey de Francia el que tuvo que ceder.

Dejóse, pues, a un lado ese artículo, y se convino en las condiciones siguientes:

Entre Su Majestad el rey de Francia y el Santo Padre, habría, a contar desde aquel momento, sincera amistad y firme alianza, y mientras se llevaba a cabo la conquista definitiva del reino de Nápoles, el rey de Francia ocuparía, para mayor comodidad y ventaja de sus armas, las fortalezas de Civitavecchia, Terracina y Spoleto.

Finalmente, el cardenal Valentino (dábase este nombre a César Borgia, por su arzobispado de Valencia), seguiría al rey Carlos VIII más bien en rehenes que en calidad de legado apostólico.

Fijadas estas condiciones, se arregló el ceremonial de la entrevista. El rey Carlos VIII abandonó el palacio de Venecia y fué a instalarse en el Vaticano. A una hora convenida, él entró por una puerta del jardín contiguo al palacio, mientras que el papa, que estaba aún en el castillo de Sant'Angelo, gracias al corredor que pone en comunicación los dos palacios, bajaba por otra puerta al mismo jardín. Esta estratagema dió por resultado que al cabo de un instante el rey notó la presencia del papa y se arrodilló una vez; mas Alejandro VI hizo como si no lo hubiera visto, de modo que el rey avanzó unos cuantos pasos más, y se arrodilló por segunda vez; como en ese momento un macizo de plantas ocultaba a Su Santidad dándole una nueva excusa, el rey, cumpliendo todo el ceremonial, levantóse nuevamente, y, dando algunos pasos, fué a arrodillarse por tercera vez frente al Santo Padre, que lo vió por fin. Alejandro VI fué hacia él como para impedir que se arrodillara, quitóse la birreta, y, estrechándole entre sus brazos, lo alzó, lo besó con ternura en la frente, y no quiso cubrirse hasta que el rey lo hubo hecho. Entonces, y después de permanecer un momento de pie y cambiar algunas palabras de cortesía y de amistad, el rey suplicó encarecidamente a Su Santidad que se dignase agregar al Sacro Colegio a Guillermo Briçonnet, obispo de Saint-Malo. Aunque esto estaba convenido de antemano entre ese prelado y Su Santidad, Alejandro quiso tener

el mérito de no demorar la concesión de lo que se le había pedido, y ordenó en el mismo instante a uno de sus servidores que fuera a las habitaciones de su hijo, el cardenal Valentino, y trajese una capa y un capelo. Entonces el papa, tomando al rey de Francia de la mano, lo condujo al salón del Loro, donde debía verificarse la ceremonia de recepción del nuevo cardenal. En cuanto al juramento de obediencia que Carlos VIII debía prestar a Su Santidad, como a jefe supremo de la Iglesia cristiana, aplazóse la celebración de esta solemnidad para el día subsiguiente.

Todo cuanto Roma tenía de poderoso en la nobleza, en el clero y en las armas, se reunió aquel día alrededor de Su Santidad. Por su parte, el rey de Francia se encaminó al Vaticano con un séquito espléndido de príncipes, de prelados y de capitanes. A las puertas del palacio encontró a cuatro cardenales que habían salido a su encuentro; dos de ellos se colocaron a su lado y los otros dos detrás, y, seguidos de todo el cortejo, cruzaron una larga fila de salones llenos de guardias y de servidores, llegando finalmente al salón de recepciones en cuyo trono se hallaba el papa teniendo detrás a su hijo César Borgia. En cuanto Carlos VIII llegó a la puerta, comenzó a cumplir el ceremonial de costumbre; y, después de pasar de las genuflexiones a los besos en los pies, en la mano y en la frente, se quedó de pie, mientras que el primer presidente del Parlamento de París, adelantando algunos pasos, dijo en voz alta:

«Santísimo Padre:

»Mi rey se halla ante Vos completamente dispuesto a prestar a Vuestra Santidad el juramento de obediencia que le debe; pero es de uso en Francia que el que ofrece vasallaje a su señor reciba de él en cambio las gracias que le pide. En consecuencia, Su Majestad, sin dejar de obligarse por su parte a usar para con Vos de una munificencia mayor aún que la que Vuestra Santidad haya tenido con él, os suplica muy encarecidamente que le otorguéis, tres favores, los cuales son: primero, la confirmación de los privilegios ya concedidos al rey mismo, a la reina, su esposa, y al Delfín, su hijo; además, la investidura, para él y sus sucesores, del reino de Nápoles, y, finalmente, que le sea entregada la persona de Gien, hermano del sultán Bayaceto II, emperador de los turcos.»

El papa se quedó estupefacto al oír este discurso, pues no esperaba estas tres peticiones, que, por su parte, Carlos VIII hizo tan públicamente para quitarle todo medio de negárselas. Pero, recobrando en seguida su presencia de espíritu, contestó al rey que de muy buen grado confirmaría los privilegios que sus predecesores habían concedido a la casa de Francia; por consiguiente, podía considerarse como concedida esta primera petición; en cuanto a la investidura del reino de Nápoles, era asunto que debía tratarse en el consejo de cardenales, pero que él haría todo cuanto estuviese de su parte para que estos accediesen a sus deseos; finalmente, que, en cuanto al hermano del sultán, difería para mejor ocasión discutir la cosa con el Sacro Colegio, afirmando que, como esa entrega no podía menos de ser útil para el bien de la cristiandad, puesto que su petición obedecía al objeto de asegurar más el éxito de una cruzada, no sería culpa suya si, también en este punto, el rey no quedaba satisfecho.

A semejante contestación, Carlos VIII se inclinó en señal de que estaba contento; y permaneció de pie y descubierta frente al papa mientras que el primer presidente, tomando nuevamente la palabra, se expresó en estos términos:

«Santísimo Padre:

»La costumbre de los reyes cristianos, y particularmente de los cristianísimos de Francia, de significar, por medio de sus embajadores, el respeto que a la Santa Sede y a los soberanos pontífices que la Divina Providencia eleva a ella profesan es muy antigua; pero el rey cristianísimo, al desear hacer una visita a la tumba de los santos apóstoles, ha querido, no por medio de un embajador ni de un delegado, sino por sí mismo, pagar esta deuda religiosa, que considera como sagrada; por esa razón, Santísimo Padre, Su Majestad el rey de Francia os reconoce por el verdadero Vicario de Cristo, por legítimo sucesor del apóstol San Pedro, y os promete y jura la fe filial y respetuosa que los reyes, sus predecesores, os han prometido y jurado, consagrándose él y todas sus fuerzas al servicio de Vuestra Santidad y a los intereses de la Santa Sede.»

Alejandro VI levantóse en extremo gozoso, porque este juramento prestado con tanta publicidad, le quitaba todo temor de un concilio: de modo que, dispuesto a conce-

der a Carlos VIII todo lo que le pidiera, lo tomó de la mano izquierda, dándole una corta pero amistosa respuesta, y le llamó el hijo mayor de la Iglesia. Cuando la ceremonia hubo terminado, abandonaron el salón, llevando siempre el papa al rey de la mano, y anduvieron así hasta la cámara en donde se depositan las vestiduras sagradas; allí, el papa significó su deseo de acompañar al rey hasta sus habitaciones; pero, como éste no quiso permitirlo, los dos se saludaron nuevamente y se separaron para retirarse a sus departamentos respectivos.

El rey permaneció aún ocho días más en el Vaticano, y luego fué a ocupar nuevamente el palacio de San Marcos. Durante esos ocho días, todo cuanto Carlos VIII pidió, fué debatido y arreglado a su satisfacción. El obispo del Mans fué hecho cardenal; la investidura del reino de Nápoles fué prometida al vencedor; finalmente, se convino que, en el momento de partir, el papa, mediante una suma de ciento veinte mil libras, haría entrega de la persona del hermano del emperador de Constantinopla al rey de Francia; sólo que, en el deseo de llevar su hospitalidad hasta el último extremo, el papa invitó a Gien a comer para el mismo día en que debía salir de Roma con su nuevo protector.

Cuando llegó el momento de la partida, Carlos VIII, completamente armado, montó a caballo, y se encaminó con un numeroso y brillante séquito al palacio del Vaticano; al llegar frente a la puerta, se apeó, y, dejando su escolta en la plaza de San Pedro, subió acompañado tan sólo por algunos señores. En la cámara encontró a Su Santidad que le estaba esperando, teniendo a su derecha al cardenal Valentino, a su izquierda a Gien, el cual, como hemos dicho, acababa de comer en su compañía, y alrededor de él trece cardenales: inmediatamente el rey, hincada la rodilla en tierra, pidió al Santo Padre su bendición, y se inclinó para besarle los pies; pero el papa no lo consintió, y tomándole en sus brazos, con la boca de un padre y el corazón de un enemigo, lo besó con cariño en la frente. Después, Alejandro VI presentó a Carlos VIII el hijo de Mahomed II, hermoso joven que tenía algo de noble y de regio en su aspecto, y cuyo magnífico traje oriental contrastaba por su amplitud y su forma con el ceñido y severo vestido de los cristianos. Gien se adelantó hacia

Carlos VIII, sin humildad, pero sin altanería, y, como hijo de emperador que trata con un rey, le besó la mano, y luego el hombro; después, y dirigiéndose al papa, le dijo en lengua italiana, que hablaba correctamente, que le rogaba lo recomendara al gran rey que bajo su protección lo tomaba, asegurando al pontífice que jamás se arrepentiría de haberle devuelto su libertad, y diciendo a Carlos VIII que esperaba que sólo habría de tener razones para alabarle, si, después de haber tomado a Nápoles, pasaba a Grecia, como era su intención. Dijo estas palabras con tal dignidad y una dulzura tan grande al mismo tiempo, que Carlos VIII tendió leal y francamente la mano al joven sultán, como a un compañero de armas. Una vez hecha la entrega del joven Gien, Carlos VIII se despidió del papa, y bajó a la plaza. Allí esperó a César Borgia, el cual, conforme hemos dicho, debía acompañarle en calidad de rehenes, y se había quedado atrás para cambiar algunas palabras con su padre. A los pocos momentos, el cardenal Valentino se presentó, montado en una mula ricamente enjaezada, y haciendo conducir tras él seis magníficos caballos que el papa regalaba al rey de Francia. Carlos VIII montó inmediatamente en uno de ellos para hacer honor al presente que Alejandro VI acababa de hacerle, y salió de Roma con el resto de sus tropas, encaminándose hacia Marino, donde llegó aquella misma tarde.

Allí se enteró de que Alfonso, desmintiendo su reputación de hábil político y de gran general, habíase embarcado con todos sus tesoros en una flotilla de cuatro galeas, dejando el cuidado de la guerra y el gobierno de su reino a su hijo Fernando. Todo, pues, favorecía la marcha triunfal de Carlos VIII; las puertas de las ciudades abríanse por sí mismas al aproximarse él; sus enemigos huían sin esperarle, y, sin haber librado una sola batalla, había ya adquirido el sobrenombre de conquistador.

Al amanecer del día siguiente el ejército reanudó su marcha, y, después de haber caminado todo el día, se detuvo por la tarde en Velletri. Allí, el rey, que había cabalgado desde por la mañana, en compañía de César Borgia y del hermano del sultán Bayaceto II, dejó al primero en su alojamiento, y llevándose consigo al segundo, se dirigió al suyo. Entonces, el cardenal Valentino, que llevaba entre los bagajes del ejército veinte furgones pesada-

mente cargados, hizo abrir uno de ellos, sacando de él un magnífico *buffet*, con la vajilla, de oro y plata, necesaria para su mesa, y, lo mismo que la víspera había hecho, ordenó que le preparasen la cena. Durante ese tiempo, como la noche había cerrado, se retiró a una habitación apartada, y, despojándose de su vestidura cardenalicia, se puso la ropa de un palafrenero. Oculto bajo este disfraz abandonó la casa que se le había designado para alojamiento; sin ser reconocido, atravesó las calles, franqueó las puertas y logró llegar al campo. Un criado le esperaba con dos caballos de posta a una media legua del pueblo. César, que era excelente jinete, saltó sobre la silla, y, en compañía de su criado, a galope tendido, emprendió nuevamente el camino de Roma, a donde llegó al ser de día. César Borgia, apeóse en casa del señor Flores, auditor de la Rota, donde hizo que le trajeran un nuevo caballo y vestidura decente; después dirigióse a casa de su madre, la cual al verlo lanzó un grito de alegría, porque, mudo y misterioso para todo el mundo, hasta para ella, César no había dicho ni una palabra de su próximo regreso a Roma.

Este grito de alegría lanzado por la Vanozza, al ver nuevamente a su hijo, era inspirado por un espíritu de venganza, más bien que por el amor maternal. Una noche, mientras que todo era fiesta en el Vaticano y Carlos VIII y Alejandro VI se juraban una amistad que estaban lejos de sentir y cambiaban juramentos que de antemano habían traicionado ya, un mensajero entregó a César una carta de parte de la Vanozza en la que le rogaba que sin dilación pasase por su casa de la calle Longara. César había interrogado al mensajero; pero éste respondióle que no podía decirle nada, y que todo cuanto deseaba saber lo oiría de labios de su madre. En cuanto se vió libre, César, vestido de particular y envuelto en una amplia capa, abandonó el Vaticano y se dirigió hacia la iglesia de Regina Coeli, en cuyas inmediaciones se hallaba situada, conforme recordarán nuestros lectores, la casa que habitaba la querida del papa.

Conforme se aproximaba a la casa de su madre, César comenzó a notar extrañas señales de devastación. La calle estaba sembrada de restos de muebles y de jirones de telas ricas. Cuando llegó al pie de la pequeña escalinata que conducía a la puerta de entrada, echó de ver que las

ventanas estaban rotas y que en ellas flotaban, desgarrados, los restos de las cortinas; de suerte que, no pudiendo explicarse lo que había motivado aquel desorden, se lanzó al interior y recorrió muchas habitaciones desiertas y destrozadas. Finalmente, al ver luz, entró en una de ellas, y encontró a su madre sentada sobre los restos de un cofre de ébano todo incrustado de marfil y plata. En cuanto la Vanozza vió a César se levantó, pálida y con el cabello suelto, y, mostrándole con la mano la desolación que la rodeaba, le dijo:

—Mira, César, esta es la obra de tus nuevos amigos.

—¿Qué es lo que ha sucedido, madre?—preguntó el cardenal.—¿De qué proviene el desorden que os rodea?

—Lo que ocurre—contestó la Vanozza rechinando de rabia los dientes,—es que la víbora que con vuestro calor habéis reanimado acaba de morderme, temiendo sin duda romperse los dientes en vosotros.

—¿Quién ha hecho esto?—exclamó César;—decídmelo, madre, y juro por el Cielo que he de devolvérselo, y con creces.

—¿Que quién ha hecho esto?—replicó la Vanozza;—pues el rey Carlos VIII, por mano de sus fieles aliados los suizos. Habiéndose enterado de que Melchiori estaba de viaje, y que, por consiguiente, me hallaba sola con algunos miserables criados, han venido y han roto las puertas, como si hubieran tomado por asalto a Roma, saqueando la casa de la madre del cardenal Valentino, ultrajándola y abrumándola de mayores insolencias que de turcos y sarracenos podíase esperar, en tanto que su hijo agasajaba a su amo.

—Está bien, madre mía, estad tranquila; tanta vergüenza se lavará con sangre. En cuanto a lo que hemos perdido, eso es nada comparado con lo que podíamos perder; mi padre y yo, no dudéis de ello, os devolveremos mucho más de lo que os han quitado.

—¡No son promesas lo que necesito, sino venganza!—exclamó la Vanozza.

—Madre mía—dijo el cardenal,—seréis vengada, o perderé el nombre de hijo vuestro.

Cuando hubo calmado a su madre con estas palabras, la acompañó al palacio de Lucrecia, la cual se hallaba completamente libre por su casamiento con el señor de Pésaro,

y volvió al Vaticano, en donde dispuso que la casa de su madre fuera amueblada con mayor magnificencia que antes del desastre. Estas disposiciones se llevaron a cabo puntualmente, y, en medio de ese nuevo lujo, pero con el mismo odio en el corazón, César encontró a su madre al volver. El grito de alegría que lanzara cuando lo vió, obedecía a esta causa.

Muy pocas palabras se cruzaron entre la madre y el hijo; después César, volviendo a montar a caballo, regresó al Vaticano, de donde había salido dos días antes en calidad de rehenes. Alejandro, avisado anticipadamente de esa fuga, no sólo la había aprobado, sino que había revelado de antemano a su hijo del perjurio que iba a cometer; recibió, pues, a César con alegría, mas no por eso dejó de aconsejarle que se ocultara, puesto que, según todas las probabilidades, no tardaría el rey de Francia en reclamar sus rehenes.

En efecto, al día siguiente, en la primera visita de la corte, al levantarse el rey, notóse la ausencia del cardenal Valentino; y, como Carlos VIII se inquietaba al no verlo presentarse, envió a averiguar la causa que le impedía ir junto a él. Cuando el enviado llegó al alojamiento que César abandonó la víspera, enteróse de que el cardenal había salido hacia las nueve de la noche anterior y que desde entonces no había regresado. Fué el comisionado a dar esta noticia al rey, el cual sospechó en seguida que el cardenal se había escapado, y en el primer impulso de su cólera notificó esta traición a todo el ejército. Los soldados recordaron entonces aquellos veinte furgones tan pesadamente cargados, y de uno de los cuales había hecho sacar el cardenal, a la vista de todos, tan magnífica vajilla, de oro y plata, y, no dudando que los demás encerrarían objetos tan preciosos como la vajilla, precipitáronse sobre los carros y los hicieron pedazos; pero sólo encontraron piedras y arena, lo que probó al rey que esta fuga había sido preparada con anticipación y aumentó su cólera contra el papa. Así, pues, sin pérdida de tiempo, envió a Roma a monseñor Felipe de Bresse, que más tarde fué duque de Saboya, con la orden de expresar al papa todo su descontento por semejante conducta para con él. Pero el papa contestó que era completamente nueva para él la noticia de la evasión de su hijo, y expresó lo sinceramente que

sentía lo ocurrido, pues no sabía dónde podía estar. En todo caso, afirmó que el cardenal no estaba en Roma, y al decir esto no mentía, pues César habíase retirado con el cardenal Orsini a una de sus posesiones, en donde por el momento estaba oculto. Esta respuesta fué llevada a Carlos VIII por dos mensajeros enviados por el papa, los obispos de Nepi y de Sutri. El pueblo, por su parte, diputó un embajador al rey. Este embajador era monseñor Porcari, decano de la Rota, el cual tenía el encargo de expresar al rey el disgusto que habían sentido los romanos al saber la falta de palabra del cardenal. Carlos VIII no se sentía muy dispuesto a pagarse de palabras huecas, pero tenía que hacer frente a asuntos de mayor importancia; así, pues, continuó, sin detenerse, la marcha a Nápoles, en donde hizo su entrada el domingo 22 de febrero del año 1495.

Cuatro días más tarde, el desventurado Gien, que había enfermado en Capua, moría en el castillo Nuovo. Al separarse de él y en el banquete de despedida, el papa quiso ensayar en su persona aquel veneno (1) del que tanto uso contaba hacer en adelante entre los cardenales, y del cual debía sufrir él mismo los efectos, como justa recompensa. De este modo, el papa se había arreglado para cobrar con ambas manos, pues en doble especulación había vendido a un mismo tiempo la vida del infeliz joven a Carlos VIII por ciento veinte mil libras, y su muerte, a Bayaceto, en trescientos mil ducados.

Pero el segundo pago se retrasó, porque el emperador de los turcos, como recordarán nuestros lectores, sólo se había obligado a pagar el oro fratricida a cambio del cadáver, y el cadáver, por orden de Carlos VIII, había sido enterrado en Gaeta.

(1) El veneno de los Borgia, según dicen algunos autores contemporáneos, era de dos clases: líquido y en polvo.

El líquido lo preparaban, según aseguran, de un modo bastante extraño para que nosotros lo pasemos en silencio. Sin embargo, no haremos más que repetir lo que hemos leído, sin responder de nada, por temor a que la ciencia nos dé un mentís. Hacían tragar a un jabalí una fuerte dosis de arsénico; después, cuando el veneno comenzaba a obrar, colgábase al animal por las patas, y, al declararse las convulsiones, del hocico del jabalí empezaba a chorrear una abundante baba que era recogida en un plato de plata del que pasaba a un frasco que se cerraba herméticamente. Esta baba era la que constituía el veneno líquido.

En cuanto al veneno en polvo lo preparaban con una harina blanca casi impalpable, con sabor de azúcar, a la que daban el nombre de *cantarello*. Ignoramos su composición.

Sólo al considerar César Borgia que el rey de Francia, ocupado en instalarse en su nueva capital, tenía que pensar en demasiadas cosas para inquietarse por él, se atrevió a reaparecer en Roma, y, presuroso por cumplir la palabra dada a su madre, marcó su regreso con su venganza.

El cardenal Valentino tenía a sueldo un español, del cual había hecho el jefe de sus *bravi*; era un hombre como de unos cuarenta años, cuya vida entera sólo había sido una larga rebelión contra todas las leyes de la sociedad, el cual jamás retrocedía ante ninguna acción, con tal que se le pagara lo que valiese. Don Miguel Correglia que bajo el nombre de Michelotto adquirió una sangrienta celebridad, era perfectamente el hombre que necesitaba César; de modo que, al igual que Michelotto tenía a César una adhesión sin límites, César había depositado en Michelotto una confianza ilimitada, y a éste fué a quien el cardenal encargó de una parte de su venganza, reservándose para sí la ejecución de la otra.

Don Miguel recibió la orden de recorrer la campiña de Roma y degollar a todos los franceses que encontrase. En seguida se puso a la obra, y apenas pasados algunos días, ya había obtenido los resultados más satisfactorios: más de cien personas habían sido saqueadas y asesinadas, figurando entre estos últimos el hijo del cardenal de Saint-Malo, que regresaba a Francia, y sobre el cual Michelotto encontró una suma de tres mil escudos.

César, por su parte, se reservó los suizos por haber sido los que más particularmente habían tomado parte en la devastación de la casa de la Vanozza; contaba el papa entre su servidumbre como ciento cincuenta soldados de esa nacionalidad, que habían hecho venir a sus familias a Roma, y se habían enriquecido tanto con su paga como ejerciendo alguna industria. César Borgia los hizo despedir a todos, con orden de que salieran de Roma antes de las veinticuatro horas, y de los Estados romanos en el término de tres días. Los pobres diablos habíanse reunido todos, al objeto de obedecer la orden que se les diera, cada uno con su mujer, sus hijos y su equipaje, en la plaza de San Pedro, cuando de repente se vieron cercados por el cardenal, a cuyas órdenes obedecían dos mil soldados españoles, los cuales comenzaron a tirar sobre ellos con arcabuces y a cargarlos a sablazos, mientras que César y su

madre contemplaban la matanza desde una ventana. Así murieron cincuenta o sesenta de ellos; pero los demás lograron reunirse, hicieron frente a los asesinos, y, sin amilanarse, batiéronse en retirada hasta llegar a una casa en la que se fortificaron y se defendieron tan valientemente, que dieron tiempo al papa, que ignoraba quién fuese el autor de semejante matanza, para enviar al capitán de su guardia, el cual, ayudado por el fuerte destacamento que tenía a sus órdenes, consiguió sacarlos de la ciudad, ya en número de cuarenta: los demás habían sido exterminados en la plaza o muertos en la casa.

Pero ésta no era de ningún modo una verdadera venganza puesto que no alcanzaba a Carlos VIII, el verdadero y único autor de todas las tribulaciones por las que, desde hacía un año habían pasado el papa y su familia; de modo que César no tardó en abandonar esas maquinaciones vulgares para ocuparse en asuntos de mayor interés, y se dedicó con toda la fuerza de su genio a renovar la liga de los príncipes italianos que la defección de Sforza, el destierro de Pedro de Médicis y la derrota de Alfonso de Aragón habían roto.

Esta empresa llevóse a cabo con mayor facilidad de la que el papa esperaba. Los venecianos no habían visto sin inquietud a Carlos VIII pasar tan cerca de ellos, y temblaban de que, una vez posesionado de Nápoles, se le ocurriera conquistar el resto de Italia. Por su parte, Ludovico Sforza comenzaba a temer, viendo la rapidez con que el rey de Francia había destronado a la casa de Aragón, que pronto no hiciese distinción entre sus aliados y sus enemigos. Maximiliano, a su vez, sólo buscaba una ocasión para romper la paz momentánea que había concertado a fuerza de concesiones. Finalmente, los *Reyes Católicos* estaban aliados con la casa destronada. De suerte que abrigando todos, aunque con diversos intereses, un temor común, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre la necesidad de echar a Carlos VIII, no ya de Nápoles, sino de Italia entera, y se comprometieron por todos los medios que estuvieran a su alcance bien fuese por medio de negociaciones, por sorpresa, o por la fuerza, a contribuir a esta expulsión. Los únicos que se negaron a formar parte de esta combinación ofensiva fueron los florentinos. Los cuales continuaron siendo fieles a la palabra dada.

Según los artículos que entre los contederados se convinieron, la alianza debía durar veinticinco años, y tenía por fin ostensible defender la majestad del pontífice romano y los intereses de la cristiandad, de suerte, que esos preparativos hubieran podido ser tomados por los de una cruzada contra los turcos, si el embajador de Bayaceto no hubiese asistido constantemente a todas las deliberaciones, aunque, por pudor, los príncipes cristianos no se atrevieron a admitir ostensiblemente en la liga al emperador de Constantinopla. El ejército que los confederados habían de poner en pie de guerra debía constar de treinta y cuatro mil caballos y veinte mil infantes, y cada uno habíase fijado un contingente; de modo que, por su parte, Alejandro VI debía dar cuatro mil caballos, Maximiliano seis mil y el rey de España, el duque de Milán y la república de Venecia, ocho mil cada uno, debiendo aprestar, además, cada confederado, en el término de seis semanas, a contar desde la firma del tratado, cuatro mil infantes. Las flotas las proporcionarían los Estados marítimos; pero los gastos que ocasionaran se repartirían entre todos.

Esta liga se publicó el 12 de abril de 1495, domingo de Ramos, en todos los Estados de Italia, y particularmente en Roma, en medio de infinitas fiestas y regocijos. Casi inmediatamente después de haberse publicado estos artículos ostensibles, los confederados comenzaron a poner en ejecución los artículos secretos. Esos artículos obligaban a los *Reyes Católicos* a enviar a Ischia, donde se había retirado el hijo de Alfonso, una flota de sesenta galeras, las cuales debían llevar seiscientos jinetes y cinco mil infantes, para ayudarle a recuperar el trono. Esas tropas irían confiadas al mando de Gonzalo de Córdoba, al que la toma de Granada le había valido ser reputado como primer general de Europa. Por su parte, los venecianos, con una flota de cuarenta galeras, comandadas por Antonio Grimani, debían atacar todos los establecimientos que los franceses tuvieran en las costas de Nápoles y Calabria. En cuanto al duque de Milán, comprometíase a detener los socorros que desde Francia llegasen, y a echar de Asti al duque de Orleans.

Quedaba el emperador de Alemania, el cual habíase obligado a invadir las fronteras de Francia, y Bayaceto, que con sus caudales, su flota y sus soldados, debía ayudar

unas veces a los venecianos y otras a los españoles, según que lo llamaran Barberigo o Fernando *el Católico*.

Para Carlos VIII era tanto más inquietante esta liga cuanto que el entusiasmo con que había sido recibido no tardó en extinguirse. Y es que le había ocurrido lo que ordinariamente sucede a los conquistadores que tienen más fortuna que genio; en lugar de formarse entre los grandes vasallos napolitanos y calabreses un partido cuyas raíces se fijaran en el mismo suelo, confirmándoles sus privilegios y aumentando su poder, habíalos disgustado concediendo todos los títulos, empleos y feudos, a los que le habían seguido desde Francia, de modo que todos los cargos del reino estaban ocupados por extranjeros. Ésto dió por resultado que, en el momento en que se proclamaba la liga, Tropea y Amentea, que habían sido dadas al señor de Precy por Carlos VIII, se rebelaron y enarbolaron la bandera de Aragón; que la flota española sólo tuvo que presentarse frente a Reggio, en Calabria, para que esa ciudad, más descontenta de la dominación nueva que de la antigua, le abriera sus puertas en el mismo instante, y que don Federico, hermano de Alfonso y tío de Fernando, que, después de todo, no había salido de Brindis, únicamente tuvo que presentarse delante de Tarento para que le recibiesen como libertador.

Carlos VIII supo todas estas noticias en Nápoles, cuando, cansado ya de su nueva conquista, que necesitaba un trabajo de organización mayor del que él era capaz de llevar a cabo, ya volvía los ojos a Francia, donde le aguardaban las fiestas de la victoria y el triunfo del regreso. De modo que cedió a las primeras indicaciones que le hicieron aconsejándole que volviera a emprender el camino de su reino, amenazado, como ya dijimos, al Norte por los alemanes, y al Sur por los españoles. En consecuencia nombró como virrey suyo a Gilberto de Montpensier, de la casa de Borbón; a d'Aubigny, de la casa Estuardo de Escocia, su teniente en Calabria; a Esteban de Vése, comandante de Gaeta; y a don Julián, Gabriel de Montfaucon, Guillermo de Villeneuve, Jorge de Sily, el baillío de Vitry, y Graciano Guerra, gobernadores de Sant'Angelo, Manfredonia, Trani, Catanzaro, Aquila y Sulmone; luego, dejando al representante de sus derechos la mitad de los suizos, una parte de los gascones, ochocientas lanzas fran-

cesas y unos quinientos hombres de armas italianos, estos últimos a las órdenes del prefecto de Roma, de Próspero y de Fabricio Colonna y de Antonio Savelli, salió de Nápoles el 20 de mayo, a las dos de la tarde, para, con el resto de su ejército, compuesto de ochocientas lanzas francesas, doscientos gentileshombres de su guardia, cien hombres de armas italianos, tres mil infantes suizos, mil franceses y mil gascones, cruzar toda la península italiana. Además, confiaba en que Camilo Vitelli y sus hermanos, que debían traerle doscientos cincuenta hombres de armas, se le reunirían en Toscana.

Ocho días antes de salir de Nápoles, Carlos VIII había enviado a Roma a monseñor de Saint-Paul, hermano del cardenal de Luxemburgo, y en el momento de emprender la marcha, envió al arzobispo de Lyon; ambos habían recibido el encargo de asegurar al papa que el deseo más sincero y la más firme voluntad del rey de Francia eran continuar siendo su amigo. Verdad es que en lo que más empeño tenía Carlos VIII era en separar al papa de la liga, a fin de hacerse de él un apoyo espiritual y temporal; pero un rey joven, ardiente, ambicioso y bravo, no era el vecino que más convenía al papa; éste no quiso hacer caso de nada, y como las tropas que había pedido al Dux y a Ludovico Sforza no le habían sido enviadas en número suficiente para defender a Roma, contentóse con abastecer el castillo de Sant'Angelo, puso en él una formidable guarnición, dejó al cardenal de San Anastasio para recibir a Carlos VIII, y él se retiró a Orvieto con su hijo César.

Carlos VIII sólo se detuvo tres días en Roma, desesperado de que Alejandro VI, a pesar de sus ruegos, se negara a esperarle allí. Así, pues, durante esos tres días, en lugar de escuchar las opiniones de Julián de la Rovère, que le aconsejaba que reuniese nuevamente un concilio para deponer al papa, hizo entregar a los oficiales romanos, esperando de este modo atraer a Su Santidad, las ciudades de Terracina y de Civitavecchia, conservando sólo en su poder la de Ostia, que había prometido devolver al cardenal de la Rovère. Finalmente, cuando hubieron transcurrido esos tres días, salió de Roma, y, dividido su ejército en tres columnas, encaminóse hacia la Toscana, cruzó los Estados de la Iglesia, y al llegar a Siena se le incorporó Felipe de Commines, al que había enviado co-

mo embajador extraordinario ante la República de Venecia, y que le anunció que sus enemigos tenían cuarenta mil hombres en armas, y se disponían a combatirlo. El efecto que esta noticia produjo al rey y a los gentileshombres de su ejército fué excitar desmedidamente su alegría, porque habían concebido tal desdén por sus enemigos en su fácil conquista, que no creían que un ejército enemigo, por numeroso que fuera, se atreviese a disputarles el paso.

Sin embargo, Carlos VIII no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia, al enterarse en San Teranzo de que la vanguardia que iba al mando del mariscal de Gié, y que se componía de seiscientas lanzas y mil quinientos suizos, habíase encontrado en Fornovo con los confederados que habían establecido su campamento en Guiarola. El mariscal mandó hacer alto en el mismo instante, y, por su parte, dispuso también acampar, aprovechando la altura en que se encontraba para formarse una defensa con la naturaleza del mismo terreno. Cuando hubo tomado estas medidas, envió, de una parte, un heraldo al campo enemigo para pedir a Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, que mandaba en jefe el ejército confederado, que le facilitara el paso para las tropas de su rey, así como víveres a precio razonable; de la otra, expidió un correo a Carlos VIII incitándole a que apresurara su marcha, así como la de la artillería y la de la retaguardia.

Los confederados dieron una respuesta evasiva, pues estaban vacilantes entre comprometer en un solo combate todas las fuerzas de Italia, o, arriesgando el todo por el todo, intentar el aniquilamiento del rey de Francia y de su ejército, sepultando así al conquistador en su conquista. En cuanto a Carlos VIII, halláronlo ocupado en inspeccionar el paso de los últimos cañones por la montaña de Pontremoli: cosa que resultaba algo difícil a causa de que, como no había senda trazada, habíanse visto obligados a subirlos de un lado y a bajarlos del otro a fuerza de brazos, con lo que se ocuparon doscientos hombres por cada pieza. Finalmente, como toda la artillería pudo llegar sin novedad al otro lado de los Apeninos, Carlos VIII apresuró su marcha hacia Fornovo, donde llegó con todo su séquito al día siguiente por la mañana.

Desde la cima de la montaña en que el mariscal de Gié había acampado, el rey de Francia podía ver a un mismo

tiempo su campamento y el del enemigo; ambos se hallaban situados en la orilla derecha del Taro y a cada extremidad del círculo de una cadena de colinas en forma de un anfiteatro, de suerte, que el espacio que mediaba entre los dos campamentos, amplia hoyo o cuenca donde se extendía en sus crecientes invernales el torrente que le servía de límite, consistía en una llanura cubierta de casquijo, donde era tan difícil maniobrar a la caballería como a la infantería; además, desde el ejército confederado hasta el francés, extendíase un pequeño bosque que seguía la vertiente occidental de las colinas y estaba ocupado por los sestradiotes, que, amparados por la arboleda, habían ya trabado algunas escaramuzas con las tropas francesas durante los dos días que habían hecho alto para esperar al rey.

La situación no tenía nada de tranquilizadora. Desde lo alto de la montaña que dominaba a Fornovo, veíanse, como hemos dicho, los dos campamentos, pudiéndose fácilmente calcular la diferencia numérica de cada uno de ellos. En efecto, el ejército francés, aminorado por las diversas guarniciones que se había visto obligado a dejar en las ciudades y fortalezas que Carlos VIII deseaba conservar en Italia, apenas se elevaba a ocho mil combatientes, mientras que el ejército milanés-veneciano elevábase a más de treinta y cinco mil hombres. Carlos VIII resolvió, pues, intentar nuevamente las vías de la conciliación, y envió a Commynes, el cual, conforme dijimos, se le debía reunir en Toscana, con el encargo de hablar con los proveedores de Venecia, a los cuales había conocido en su embajada, y sobre los que tenía gran ascendiente, gracias a la estima que generalmente se hacía de su mérito. Había recibido el encargo de decir, en nombre del rey de Francia, a los jefes del ejército enemigo, que su amo sólo deseaba continuar su camino sin hacer ni recibir daño alguno; que, en consecuencia, pedía un paso libre a través de aquellas hermosas llanuras de Lombardía que, contempladas desde las alturas en que se hallaba situado, veíalas extenderse hasta al pie de los Alpes.

Commynes encontró al ejército confederado en grandes disensiones: los milaneses y los venecianos opinaban que que debían dejar pasar al rey sin atacarlo, debiendo darse por contentos, decían, de que abandonara así a Italia sin